

D. RAFAEL IRIARTE.

Si fuéramos á exceptuar de este cuadro biográfico á aquellos individuos que por diversas circunstancias entraron en pugna con sus mismos correligionarios y aun se vieron aprisionados y castigados por éstos, tendríamos que omitir á muchos personajes que figuraron de un modo más ó menos notable en los ejércitos insurgentes y que prestaron sus servicios á la causa de México. Esta reflexión nos ha hecho no pasar por alto el nombre de Don Rafael Iriarte, el independiente que después de Hidalgo y de Allendé puso en conmoción gran parte del país y propagó la revolución en las dos grandes provincias de Zacatecas y de San Luis Potosí, haciendo que llegase hasta el Norte y hasta las playas del Golfo de México.

Nació Iriarte en San Luis Potosí y su origen fué bastante humilde; dedicado desde temprana edad á trabajar para ganarse la subsistencia, entró de escribiente á la Comandancia Militar de la provincia y estuvo bastante tiempo á las órdenes de Calleja; por razón de su empleo, tuvo un ínfimo grado militar, y entre los subalternos de la oficina se le conocía con el apodo del "Cabo Leiton." Es difícil averiguar hoy si estaba en relaciones con los conspiradores de San Miguel y de Dolores; pero las circunstancias de que fué uno de los primeros que recibió su nombramiento de Coronel, de Hidalgo, y de que inmediatamente después del

grito de Dolores se lanzó á la revolución, hacen creer que algunas relaciones tenía con los primeros caudillos.

En Septiembre de 1810 se pronunció, dirigiéndose al rumbo de León y de Lagos, donde empezó á levantar gente y á comprometer en la revolución á varios hacendados como Don Pedro Aranda, que después fué Gobernador de Coahuila; no atreviéndose á excursionar por la provincia de San Luis, donde Calleja organizaba su ejército, se limitó á inquietar la de Zacatecas, donde los barreteros y la plebe, y aun la clase media, poco necesitaban, como lo demostraron en los días 7 y 8 de Octubre, en que fueron expulsados los europeos, se cambiaron las autoridades y aun se preparó la renovación del Ayuntamiento. Instalado el nuevo algunos días después, nombró Intendente al Conde de Santiago de la Laguna, que no manifestó ideas realistas muy firmes y que al fin decidió entrar en tratos con Iriarte; al efecto, envió al Dr. Don José María Cos, Cura del barrio de San Cosme, para que pasase al campo insurgente y se enterase de las tendencias y objeto de la revolución. La entrevista se verificó en Aguascalientes, y seguramente el ignorante escribiente supo alegar tales razones que dejó convencido al sabio Doctor, el cual desde ese momento se consideró insurgente de corazón, pues no regresó á Zacatecas, sino que fué á San Luis á presentarse á Calleja; éste lo despachó á México, pero en Querétaro cayó preso. En la respectiva biografía tendremos ocasión de seguirnos ocupando de este sacerdote. Este incidente demuestra lo fácil que hubiera sido á la revolución triunfar, si hubiera podido madurar un poco más, pues todas las clases sociales eran afectas á ella.

El Conde de Santiago de la Laguna, de lo único que quedó convencido fué de que no podía sostenerse en Zacatecas, y en consecuencia, abandonó la ciudad á Iriarte, que la ocupó casi inmediatamente; en seguida se dirigió á San Luis, á donde lo llamaban los revolucionarios, que se habían apoderado de la ciudad. Como no aguantaba superior alguno, puso presos á los cabecillas de San Luis, entregó la ciudad al saqueo y

se apoderó de la persona de la esposa de Calleja, á la que guardó muchos miramientos; llamado con insistencia por Allende, que estaba en Guanajuato, no acudió, á pesar de haber salido para el rumbo de Zacatecas. Después de la ocupación de aquel mineral por el General español, Allende se dirigió en busca de Iriarte, creyendo encontrar en él un subalterno leal que le ayudaría á levantar un nuevo ejército, pero palpando el doblez de aquél, temió por su seguridad personal y prefirió ir á Guadalajara, donde estaban Hidalgo y Torres, y enviar á Jiménez para que asegurase la revolución en las provincias internas.

Iriarte quedó en Zacatecas sin hacer nada, y por más que fué llamado, no acudió á la batalla de Calderón, pues el tiempo se le iba en concurrir á bailes y á francachelas. Parece que después de esa batalla tuvo la idea de traicionar, pero la presencia de todos los Generales y de los dispersos que llegaban y que eran en mayor número que el ejército de aquél, le hizo prescindir de sus proyectos; cuando Hidalgo fué desposeído del mando y quedó como particular, Iriarte también quedó en posición desairada y sujeto á constante vigilancia, así como Abasolo. Contribuyó á esto la circunstancia de que poco antes de la acción de Calderón, Iriarte, aprovechando la coyuntura de que Calleja estaba cercano á Aguascalientes, le envió á su esposa, que no tenía queja alguna de él, con una buena escolta y con todas sus alhajas; en cambio recibió del mismo modo á la suya, que estaba en poder de Calleja.

Siguió Iriarte á los Generales, pero sin tener mando alguno, y no se vuelve á encontrar su nombre citado en ninguna parte; parece, no obstante, que en el Saltillo logró evadirse de la vigilancia de que era objeto, pues según Bustamante, Allende, al entregar el ejército á Rayón, le dió orden de que si aquél se presentaba, lo fusilase inmediatamente, pues su presencia era señal de que estaba tramando alguna nueva perfidia. Probablemente Iriarte estaba en inteligencia con Cordero y Ochoa y supo á tiempo que se tramaba algo contra los caudi-

llos, pues fué el único que se escapó de la sorpresa de Baján. Pocos días después, y cuando ya Rayón iba de retirada, se presentó en su campamento Iriarte; aquél no perdió mucho tiempo en oír sus disculpas, y para dar un saludable ejemplo á sus tropas, lo hizo fusilar; parece que también influyó la circunstancia de que Iriarte estaba de acuerdo con Elizondo para apoderarse del ejército de Rayón.

De tan trágica manera pereció en los últimos días de Marzo de 1811 el insurgente que acaso hubiera podido ayudar á que en Calderón fuese derrotado Calleja y á que con esa derrota hubiese cambiado en pocos meses la faz de la revolución y los primeros caudillos hubiesen podido entrar triunfalmente en México.
